

á los sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad. Así tambien vosotros, de fuera os mostrais en verdad justos á los hombres; mas de dentro estais llenos de iniquidad y de hipocresía!» Contra esta malhadada escuela, que es enemiga de toda autoridad, empezando por la de los hombres y concluyendo por la de Dios, han de encaminarse las ciencias morales y políticas para asegurar sobre la tierra el imperio de la verdad, de la bondad y de la belleza.

CAPITULO IX.

LA FE. — EL DOGMA. — LAS CIENCIAS.

I

Hé aquí un dilema cuya fuerza no intentará negar el audaz racionalismo de nuestros días: ó el hombre nace, crece y muere en la tierra como una planta que piensa, y sin mas relaciones ni mas responsabilidad moral, sin mas trascendencia que la de las otras plantas que no piensan; ó el hombre tiene sobre la tierra un alto destino que cumplir, y sus acciones trascienden á otra esfera; más claro: ó no hay en el hombre mas que polvo que vuelve al polvo, ó hay en el hombre *algo* impalpable, indestructible, inmortal; ó brilla ó no brilla en el alma, que ahora dicen los filósofos el *yo* humano, aquel *lumen vultus domini* cantado por el poeta de los siglos.

Si el hombre es tierra y nada mas que tierra, que no lo divinicen los racionalistas; si en el hombre hay *algo* inmortal que lo asemeja con su Cria-

dor, ese *algo* ha menester de un alimento que no es el pan: *non in solo pane vivit homo*.

El alma humana, ilustre desterrada que espera en el mundo el término de su peregrinacion, no puede considerarse solitaria y aislada, sin comunicaciones con la patria de donde viene y por la cual suspira. La ciudad del mundo está muy lejos de la ciudad de Dios: la vista de los mortales no alcanza á descubrir las maravillas eternas, el collado magnífico de la Santidad; pero el alma católica recibe un resplandor inexplicable: una ráfaga luminosa rasga el velo que oculta aquellas maravillas, y el alma se inunda en gozo purísimo, y reconoce toda su grandeza: se realiza el misterio de la fe.

Dios en su infinita sabiduría, y en su bondad también infinita, hizo merced al género humano de ciertas verdades capitales, ya grabándolas en el corazón del hombre, ya dictándolas en sus santos Testamentos, ya comunicándolas por la tradición y por el infalible conducto de su Iglesia: las almas que yacen en tinieblas y en angustiosa soledad cerradas al resplandor de lo alto, no creen esas verdades, porque á esas verdades no alcanza la vista de la materia: ¡desdichados los que no ven sino con los ojos de la materia! Para las almas sin fe no hay creencias, no hay verdades, no hay dogma.

El hombre que dirige hácia arriba la vista y ve, tiene fe: el hombre que dirige la vista en derredor suyo y ve, tiene ciencia.

II

¿Es posible la ceguera absoluta del alma, la carencia completa de fe?

Es preciso volver al dilema propuesto: ó hay ó no hay inteligencia en el hombre: si no la hay, debe ser considerado el hombre como el rey destronado del mundo animal: el león le aventaja en fuerza y el águila en ligereza. Admitida la inteligencia, hasta por el más obstinado escepticismo, hay que admitir que la verdad constituye la perfección, el estado de reposo, el bienestar de la inteligencia: el error no existe por sí; no es *algo* positivo: como el frío es la ausencia del calor, el error es la negación de la verdad; es un estado anormal de la inteligencia, es una verdadera desgracia moral; no puede, pues, el error ser alimento del alma; es por el contrario una enfermedad del alma causada por la falta del alimento sano de la verdad.

La duda ha de considerarse como otra gran desgracia del orden intelectual y moral. No puede concebirse nada más desconsolador que la duda: los que dudan por sistema no tienen, como dice

Lacordaire, ni la paz de la ignorancia, ni siquiera la paz del error: ven demasiado para no saber, y ven poco para conocer. La duda es una horrible angustia del alma. El pirronismo nos parecerá siempre un cuartel de inválidos de la religion y de la filosofia.

Volvamos á la verdad. Balmes la define diciendo que es la *realidad de las cosas*; pero esta definicion, consignada en el primer capítulo de *El Criterio*, no basta á nuestro propósito. ¿Y qué se entiende por realidad de las cosas? Llegariamos tal vez á una peticion de principio si intentásemos analizar estas palabras.

La verdad no es solamente el mundo real y visible: la verdad es lo que es: y el *ser*, como dice un gran filósofo católico de nuestros dias, es la unidad absoluta, eterna, infinita, pluralidad sin divisiones, océano sin playas, centro sin circunferencia: *ego sum qui sum*, escribió Dios en las páginas del Antiguo Testamento: *ego sum veritas* ha escrito en las del Testamento Nuevo. Dios es la verdad absoluta, la afirmacion suprema; por eso pudo decir Donoso Cortés que posee la verdad politica el que conoce las leyes á que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes á que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que El

afirma de sí y cree lo mismo que oye; y como la Teologia es la ciencia que tiene por objeto estas afirmaciones, dedujo el ilustre pensador que toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno supone una afirmacion relativa á Dios; ó lo que es lo mismo, que toda verdad politica ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica.

No creemos que hay necesidad de ir tan adelante en las deducciones para probar que en Dios está el centro de la verdad absoluta, centro del cual parten los rayos que hiriendo la inteligencia humana producen la luz, y merced á la luz el conocimiento de la verdad; y de verdad en verdad, las séries de verdades que se llaman ciencias.

Preguntó Pilatos á Jesucristo diez y ocho siglos hace «*quid est veritas?*» y sin esperar la respuesta salió de la estancia: todas las escuelas anti-católicas, señaladamente el racionalismo, están haciendo igual pregunta sin tener paciencia ni humildad para escuchar la respuesta. La multitud de libros que diariamente brota de las prensas extranjeras y aun de las nacionales; la ardiente y nunca terminada polémica filosófica y religiosa; la lucha del periodismo, la inquietud de los gobiernos, la zozobra de las sociedades, ¿qué otra cosa son sino un grito desesperado del siglo XIX

que pregunta á sus políticos y á sus filósofos, á sus literatos y á sus artistas, «*quid est veritas*, decidme qué es la verdad, dónde está la verdad, yo necesito á toda costa conocer la verdad y seguirla, porque tanta mentira me ahoga, porque tanta duda me aniquila?»

La agitacion febril que domina los cerebros, la incertidumbre que por doquiera reina, ocasionan un movimiento científico en la generacion actual; pero movimiento raro, anómalo, parecido al de un reloj descompuesto que adelanta y atrasa sin obedecer á la ley mecánica á que el artifice lo sujetó. Los hombres de hoy apenas tienen tiempo para pensar, porque lo necesitan todo para escribir; mejor dicho, hoy pensamos escribiendo, y así la mayor parte de los libros que salen á luz parecen borradores inconexos de verdades y de mentiras, de aciertos y desaciertos, y á veces de bellezas y de absurdos: puede asegurarse que hoy el mundo científico va y vuelve, corre y se fatiga, anda y desanda, no como quien busca un término fijo y codiciado, sino como quien busca algo que ha perdido y no encuentra: lo que busca el mundo científico es precisamente la verdad, y no ha de encontrarla ínterin no traiga en su auxilio la luz esplendorosa de la fe.

III

No imaginamos nosotros, como algunos escritores demasiado tétricos, que la fe está perdida en la generacion actual; creemos mas bien que la fe está amortiguada: despertarla, es la principal empresa del filósofo católico. Mejor que llorar sin consuelo sobre las ruinas de la fe, como Jeremías sobre las ruinas de la ciudad santa, es combatir por la causa de la verdad, que no está perdida, sino maltratada, como los Macabeos por la independenciam y gloria de Israel.

El que dijere «yo no tengo fe, ni quiero tenerla; yo no creo ni quiero creer,» miente, se engaña á sí mismo: esos desdichados que niegan á Dios y se rien del dogma, son capaces de creer á una gitana aventurera, ó de tomar en serio una historia de duendes y de vestiglos. No hay un solo mortal que no crea, dado que esté en el pleno goce de las potencias del alma; no hay, pues, necesidad de *formar*, sino de *reformular* el instinto de credulidad: no hay que infundirlo; hay que educarlo; hay que encaminarlo al bien; hay que nutrir las inteligencias con el alimento de la verdad.

Dios no niega la inteligencia á los malvados: hay hombres que se resisten á creer las verdades dogmáticas, el orden sobrenatural de la religion, y que sin embargo hacen descubrimientos en las ciencias humanas, y brillan en ellas con singular fortuna; cierto. No puede darse un mayor enemigo de Dios que Satanás; y Satanás sabe: su ciencia es de perdicion, de tinieblas; pero sabe: así muchos mortales que militan bajo las banderas de ese rey de las tinieblas adelantan maravillosamente en las ciencias, y fascinan á la multitud con el doloroso ejemplo de cómo pueden ser compatibles con el marasmo de la fe los vuelos de la inteligencia. Probarémos á explicar este fenómeno.

Es preciso distinguir entre el hombre de *ciencia* y el hombre *sabio*: el cerebro de un hombre sin fe católica puede ser un gran depósito de ciencia: la facultad de aprender es independiente de la obligacion de creer; pero la idea de *sabio* lleva consigo la idea de un conocimiento perfecto, la *continencia* del espíritu en los justos límites de la razon ilustrada por la luz de lo alto, la humildad de corazon, la rectitud en el juicio y la firmeza en la verdad. «*En alma malévola no entrará la sabiduría,*» ha dicho el mismo Dios; y no ha dicho «*no entrará la ciencia.*»

Pero los hombres de ciencia que hacen alar-

de de escepticismo ó de ateismo, ¿deberán ser creídos en este punto bajo su pablabra? El vulgo nos presentará tal vez esta objecion: «yo conozco muchos filósofos que no admiten la revelacion, ni la autoridad de la Iglesia, ni la eternidad de las penas, y pasan por grandes filósofos, y escriben obras, y el mundo los acata por su talento: yo conozco físicos y matemáticos que no se cuidan de la Trinidad ni hacen vida de católicos, y sin embargo inventan muy buenas máquinas y construyen ferrocarriles admirables: yo conozco por último banqueros y hacendistas que no creen en mas vida que la presente, y aun en ésta creen con ciertas restricciones, y sin embargo hacen habilísimos cálculos y muy diestras jugadas que les proporcionan cuantiosos resultados.» ¿No es verdad que dice esto el vulgo todos los dias y á todas horas? Procurarémos contestar.

No es cierto que no crean *absolutamente en nada*, ni esos filósofos, ni esos físicos, ni esos banqueros. El filósofo, ó no filosofa, ó admite por necesidad algunas verdades; la negacion no puede servirle para establecer la razon de las cosas: creará siquiera en el *yo* humano; siquiera aceptará el *cogito, ergo sum*: el físico, claro está que tiene que fundar sus descubrimientos sobre las inmutables leyes de la naturaleza: el banquero

no ha de aventurar sus capitales sin conocer el camino que llevan y el término á que pueden llegar; es decir, que aun tratándose de incrédulos, el filósofo cree en la supremacía del *yo*; el físico cree en las leyes de los cuerpos; el banquero cree en las ventajas del negocio: resulta, pues, que creen todos, y todavía resulta más: que tienen todos fe; el filósofo racionalista, en la razón humana; el físico materialista, en la materia; el banquero, en la operación. Y no es una fe tibia y endeble, sino ardiente y vigorosa; y porque el filósofo y el físico y el banquero emplean toda su fe en el respectivo objeto mencionado; y porque destierran de su cabeza y de su corazón toda idea y todo afecto que no halague sus instintos; y porque se adoran á sí mismos adorando sus propias obras, y esta adoración les basta, por eso cabalmente aparentan negar verdades que no han considerado, y rechazar doctrinas que les parecen aborrecibles, porque están en un lenguaje que no comprenden, y señalan un punto adonde no alcanza su alma, aplanada bajo el poder de los sentidos y presa en el estrecho recinto de la materia.

Saber (*scire*) es adquirir conocimientos, acumular doctrinas: ser verdadero sabio (*sapere ad sobrietatem*) es ordenar las doctrinas, regularizar los conocimientos, y encaminar unos y otras al fin más saludable y fecundo: la ciencia enor-

gulleee (*sciencia inflat*), y es soberbia y andaz; la sabiduría vivifica, y es humilde y sencilla como que tiene por principio el temor de Dios (*initium sapientiæ timor Domini*). Así, pues, indudablemente hay ciencia en los tres tipos que hemos presentado como objeción del vulgo: los tres saben: el filósofo hacer sofismas, el físico hacer máquinas, el banquero hacer riquezas; pero esta *ciencia* está muy lejos de ser *sabiduría*. En todos tiempos ha reconocido la Iglesia católica las radicales diferencias entre los sabios según la carne y los sabios según el espíritu, entre la falsa ciencia que conduce á los hombres al desvanecimiento, y á veces á la desesperación, y la verdadera sabiduría que les proporciona las delectaciones más puras y es fuente perenne de consuelos. El Apóstol Santiago, en su Epístola III, distingue la sabiduría que no viene de lo alto y es terrena, material y diabólica, de aquella otra sabiduría que de arriba procede y es ante todo púdica, y amiga de la paz, modesta, equitativa, susceptible de todo bien, llena de misericordia y fecunda en frutos de obras buenas.

IV

Se ha dicho, y con exactitud, que el principio de la razón humana es un axioma; y que *el mas allá* que columbra la razón humana, aquel espa-

cio inmenso que cae al otro lado de las fronteras de la inteligencia, es un misterio: ahora bien; ni el axioma se demuestra, porque no ha menester demostración, ni se demuestra el misterio, porque su naturaleza es la de ser indemostrable: divaga, pues, el racionalismo entre un axioma y un misterio, sin rumbo fijo, sin principio generador: «dadme una palanca y un punto de apoyo y moveré el universo,» cuentan que dijo Arquímedes: interin el filósofo no tenga palanca y punto de apoyo, no intente mover el mundo de las ideas: el punto de apoyo que pedía el gran matemático debía estar colocado por necesidad fuera del universo: el punto de apoyo de que ha menester el filósofo, por precision tiene que estar fuera y á distancia de su propia razon. El filósofo analiza, examina y explica, y sube de verdad en verdad hasta llegar á un término del cual no puede pasar, ni más ni ménos que el aeronauta que se eleva y se eleva en el espacio hasta tocar en capas de aire que sus pulmones no pueden respirar: cuando esto sucede, el aeronauta abre la válvula y desciende en busca de mejor atmósfera: el filósofo, que es á su vez un intrépido aeronauta del pensamiento, cuando llega á esas alturas en que la razon no respira bien, en vez de bajar, forcejea y lucha, y por más que hace no puede penetrar en la region de las verdades primeras: no quiere

convencerse de que si las verdades primeras fueran demostrables dejarían de ser primeras, porque supondrían otras anteriores que sirviesen á su comprobacion: termina, pues, el axioma, y comienza el misterio. Un cuerpo abandonado en el espacio cae irremisiblemente buscando el centro de la tierra: la Física llama á este fenómeno ley de la gravedad. ¿Y cómo se explica la gravedad? Se explica por la ley de atraccion de los cuerpos. ¿Y cómo se explica la ley de atraccion de los cuerpos? No se explica, es un misterio: el Legislador dió al mundo la ley, pero en sus designios inescrutables se reservó la razon de la ley: es un decreto sin preámbulo.

Digan cuanto quieran los materialistas, no es posible que el alma humana prescinda del misterio: no sostendremos que en el alma humana haya una facultad *ad hoc*, que llaman algunos pensadores la facultad del misterio; pero si sostendremos que allí donde acaba la razon, no acaban las aspiraciones del alma, y estas aspiraciones del alma que se mueve hácia una esfera, que está mas alta que la esfera en que la razon se agita, esta propension al misterio, esta creencia intuitiva en *algo* que la razon no alcanza, constituyen un importante fenómeno psicológico que puede estudiarse en todas las épocas de la historia de la humanidad.